

# Para que entren en razón: violencia de la vida

Dicen que a todo se acostumbra uno. Sin embargo, a lo malo cuesta mucho acostumbrarse. Nosotros todavía no nos acostumbramos a quedarnos sin una gota de agua semanalmente, a pesar de todas las previsiones. No nos acostumbramos a que la ropa se deteriore porque no hay agua para lavarla, ni tampoco a andar mugrientos y sucios, ni a lavar la vajilla con gotas de agua, ni a vivir comprando refrescos y plásticos desechables. Si nosotros sufrimos esto en una zona popular o en alguna que otra zona de clase media, ¿qué será lo que les toca padecer a los habitantes de los cerros y quebradas? Ahora sabemos un poco más lo que ha venido siendo su existencia por muchos años.

Pero hoy esta agonía diaria por sobrevivir se ha vuelto mucho más grave. Nosotros vivimos esta carencia permanente de lo más elemental con una rabia incontenible, que con el tiempo lejos de amortiguarse se vuelve intolerable. Sabemos que el abastecimiento de agua para una ciudad como Caracas supone una inversión millonaria de recursos financieros y técnicos que sólo a largo plazo pueden solucionar el problema. Sin embargo nunca hemos sentido que se ha tomado ninguna previsión dejando que el correr de los años empeore la situación. Por otra parte también sabemos que hay sectores de la ciudad que nunca sufren problemas de agua y casualmente en esos mismos sectores viven quienes han tenido y tienen poder de decisión sobre el problema.

## Como si los pobres siempre pudieran esperar

Veamos otro caso: la inflación galopante que vacía con avidez los bolsillos de los más pobres. Desde 1981, la inflación en Venezuela es el resultado de la depreciación del tipo de cambio real. En efecto, la caída del ingreso fiscal petrolero, no compensada por otras vías, se ha traducido desde esta fecha en déficit fiscal. Los análisis han revelado que en primera instancia ese déficit se ha cubierto con las reservas internacionales, hasta provocar un ataque especulativo contra las mismas, que se ha resuelto inexorablemente depreciando el tipo cambio real, que se ha traducido en inflación para toda la economía no petrolera del país.

Para 1992 y 1993, la inflación creció a un promedio cercano del 40%. Los estudios económicos demuestran que desde 1984, la inflación acumulada en el rubro de alimentos es más del doble que aquella acumulada en gastos del hogar. También revelan los análisis que, desde 1985, la inflación acumulada sufrida por los estratos de menores ingresos de la población es superior al promedio de la misma y a la inflación percibida por cualquiera de los otros estratos.

En esta estructura inflacionaria que golpea a los más pobres tanto en ingresos como en la dieta diaria, al gobierno se le ocurre financiar a los bancos con

800.000 millones de bolívares, que representan los dos tercios del presupuesto nacional. Al margen de la supuesta «necesidad irremediable de la medida», lo cierto es que tal cantidad de dinero ha provocado una ola especulativa contra las reservas internacionales que se ha traducido en otra profunda depreciación del tipo de cambio real y con ello más inflación y más sufrimiento para los más pobres.

También resulta evidente que los banqueros, después de jugar con absoluta irresponsabilidad con el dinero de los ahorristas y de traficar dolosamente con ellos, han sido respaldados por el Estado. En resumidas cuentas, la política financiera del Estado venezolano ha hecho más dura la vida de los pobres y más blanda la vida de los banqueros. Práctica que no es nada novedosa en la democracia venezolana. Aunque los efectos más duros de esta corriente inflacionaria esperan todavía por sentirse en los próximos meses, ya se habla de un aumento del 200 por ciento en los productos alimenticios más calóricos, y algunos medicamentos ya han registrado un alza del 400 por ciento.

Los ejemplos anteriores son dos entre muchos otros: las cárceles repletas de pobres que esperan desde hace muchísimos años por una reforma integral del sistema judicial que permita que sean juzgados conforme a la ley y del sistema penitenciario para ser tratados como personas humanas mientras son juzgados o cumplen su sentencia. El deterioro del sistema de atención a la salud de las mayorías; el suicidio histórico de los campesinos...

Todo lo cual pone en evidencia que la decisión política fundamental que guía y ha guiado a los líderes de la política y la economía, especialmente en los últimos años, está basada en la premisa de que los pobres siempre pueden esperar; pareciera que la vida de las grandes mayorías nacionales siempre se puede sacrificar impunemente con justificaciones de todo tipo. Si obras son amores y no buenas razones hay que decir claramente que para nuestros dirigentes empresariales, banqueros, políticos, etc. la vida de los pobres es una cuestión secundaria. El que nuestros pobres se conviertan en mendigos no pareciera ser el asunto prioritario del Estado y la sociedad. No faltarán quienes argumenten que el problema de nuestros pobres se resuelve con una política social adecuada. Evidentemente que una política social eficaz es necesaria y urgente, pero no va al fondo del problema, porque de lo que se trata no es qué hacemos con los pobres, sino de no producirlos a un ritmo exponencial.

## Tendrán que «entrar en razón» violentamente

Sería resignarnos a la injusticia si nos atropellan sin que nos demos por enterados. Si otros nos faltan el respeto y no protestamos es que hemos perdido el respeto

hacia nosotros mismos. Es evidente que los pobres seguimos luchando por nuestra dignidad y resistiendo ese abuso estructural que estrangula a tanta gente. Por eso nos sentimos convocados a ejercer activamente la violencia de la vida en el conjunto de fuerzas sociales que integran la dinámica de la sociedad venezolana. La violencia de la vida no es prevalecer sobre el otro para destruirlo, no es muerte, no es la anarquía que busca la desestabilización que sólo aprovechan los grandes pescadores de río revuelto. La violencia de la vida es la que se ejerce contra los que niegan en la práctica que la sociedad venezolana en su conjunto crezca en oportunidades para todos. La violencia de la vida busca obligar a que esos que impiden la vida de las mayorías se abran espacios de negociación en la búsqueda de soluciones colectivas. La violencia de la vida es la que introduce la participación activa de las grandes mayorías en la toma de decisiones que afectan al conjunto de la república.

La violencia de la vida es la que se ejerce para obligar a entrar en razón a quienes niegan con su práctica la vida de las mayorías. En este sentido, violencia de la vida se traduce en ejercicio político, es decir, en actividad tenaz dirigida a recrear la sociedad desde los intereses de la mayoría. Eso supone que los empobrecidos de la sociedad tenemos que hacernos sentir constructivamente a través de la denuncia, de la presión, de la organización, de la propuesta activa, de la solidaridad, de la confrontación con otros intereses adversos. Si nos tratan como a perros y además no ladramos lo más probable es que quedemos reducidos a animales inofensivos.

### A practicar la violencia... de la vida

La coyuntura política por la que atraviesa el país hace de este momento un tiempo privilegiado para el ejercicio de esto que hemos llamado violencia de la vida. En efecto, se está discutiendo la renovación del contenido de nuestra Constitución Nacional. Eso supone la confección jurídica de un texto que exprese un determinado proyecto nacional. Practicar la violencia de la vida en este contexto es participar activamente en este proceso ejerciendo acciones que hagan sentir la voz y las aspiraciones de los empobrecidos. También está en discusión el método de confección de la nueva Constitución. Se debate si reforma o constituyente; en ambos casos es imprescindible que obreros, campesinos, la gente de barrios intervenga en la elección del método más apropiado a sus intereses y que nadie se abroge el derecho a decidir por ellos.

También se está exigiendo en esta coyuntura una clara definición del proyecto del gobierno del Dr. Caldera. La definición real está viniendo por la vía de los hechos. Numerosas fuerzas sociales están presionando en una u otra dirección para que este gobierno proclame su programa y estrategia. Es urgente que como pueblo nos hagamos sentir en esa correlación de fuerzas presionando por nuestros intereses.

Los analistas económicos se aventuran a decir que la crisis económica por la que atravesamos nos va a llevar indudablemente a un reajuste económico

mucho más severo que el que se practicó en 1989. Las predicciones hacen pensar, a muy corto plazo, en un irremediable «shock» para intentar estabilizar la economía. No podemos obviar la pregunta clave: ¿shock para quién? Si los pobres de este país no queremos cargar nuevamente con todo el peso de ese reajuste es urgentísimo que practiquemos desde ya la violencia por la vida.

Las Iglesias que acompañan al pueblo empobrecido deberían tomar un papel activo en la organización de esta violencia de la vida. Especial responsabilidad tiene en esta tarea la Iglesia católica por su presencia mayoritaria y prestigiosa en el pueblo venezolano. La educación católica, las parroquias, la vida religiosa, las organizaciones populares sostenidas y animadas por las comunidades cristianas tienen mucho que hacer en esta convocatoria: colaborando en el fortalecimiento de la organización del pueblo, animando la presión colectiva de ese mismo pueblo para hacer valer sus derechos en el conjunto social, robusteciendo con la fe la tenacidad y resistencia de ese pueblo en la defensa de su vida.

Las organizaciones populares en su diversidad, apoyadas por organizaciones no gubernamentales y otras instituciones privadas de servicio público, tienen que esforzarse por desarrollar su capacidad creativa para presionar sobre el Estado y la sociedad en su conjunto en favor de los intereses de los pobres del país. Un ejemplo nos lo ofreció hace poco la organización «Luces contra el hampa». Esta organización con sus argumentos, recursos, apoyos y la campaña que desplegaron en Caracas contra el hampa fueron capaces de movilizar a una buena parte de la ciudad con consignas claramente parcializadas y desvirtuadas que colocan el problema de la delincuencia en los barrios de Caracas y en los inmigrantes. Desde tal diagnóstico se convocaba a la represión abierta, mano dura, contra los extranjeros indocumentados y los «marginales» de los barrios. Desde el seguimiento que en esta revista hemos hecho de la violencia urbana no podemos menos que oponernos a esta visión y sus fórmulas para enfrentar el problema.

Cabe, sin embargo, la pregunta acerca de si no deberíamos aprender de los enemigos del pueblo a organizarnos y luchar por nuestros propios intereses como ellos lo hacen con tanta eficacia para defender los suyos. No se trata de copiar sino de entender que si no nos hacemos sentir fuertemente desde nuestras organizaciones otros lo harán en contra de nosotros.

Los partidos políticos que se dicen aliados y representantes del pueblo deben ofrecer alternativas políticas a la vida de ese mismo pueblo, desde la relación orgánica y democrática con él. Todo lo cual supone que el pueblo empobrecido tome entre sus manos estos instrumentos reconvirtiéndolos en su función de agregadores de la voluntad colectiva. Igualmente, con unos partidos, obligados a entrar en razón por la violencia de la vida de aquellos a quienes se les arrebató sin miramientos, es posible reconvertir también las instituciones del Estado a las necesidades de la mayoría. Hagamos violencia por la vida para que la vida se imponga sobre quienes la niegan sistemáticamente.